

DON ALONSO QUIJANO EL BUENO

CONTINUACIÓN

DE

«DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

POR

F. VENZEL PROUTA



TOLEDO

Imprenta, Librería y Encuadernación de Rafael Gómez-Menor
Comercio, 57 y Sillería, 15

1922

Vicente Linares

DON ALONSO QUIJANO EL BUENO

CONTINUACIÓN

DE

«DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

POR

F. VENZEL PROUTA



TOLEDO

Imprenta, Librería y Encuadernación de Rafael Gómez-Menor
Comercio, 57 y Sillería, 15

1922

*Al Marqués de Torresoto,
Mentor de altas Empresas, en
Jerez de la Frontera.*

Lector, amigo ó quier adverso:

Temerario empeño parece resucitar á Don Quijote de la Mancha y medir por tanto las armas con Cervantes, pero yo no pretendo eso, sino que se conozca quién era Alonso Quijano el Bueno que tomó para tipo de su héroe el soldado de Lepanto.

¡Y vamos á ver si nos coge el arrogante anagrama de Cide Hamete!

(Véase al final las Ilustraciones).

F. Venzel Prouta.

En guisa de preámbulo

Reproducimos de un periódico de Toledo el siguiente interesante comentario del Quijote.

«La moraleja del Quijote

El mayor interés del cuadro de Boróx, está en que su simbolismo nos muestra la intención que tuviera Cervantes al escribir la historia de *El ingenioso Hidalgo*, pues, siendo encargo aquel de sus herederos inmediatos, parece natural que éstos lo fuesen también de la tradición de familia que acerca de ese punto conservaban. Y á decir verdad, coincide con la que le han dado los comentaristas de doscientos años acá, así nacionales como extranjeros.

Porque el simbolismo del cuadro de Boróx es este: *He aquí elevada al cielo, la que con tus quijotadas tanto martirizaste ¡oh, Quijada! mientras tú ruedas, herido del rayo, por el suelo.* Mas nótese que cargan al cielo la venganza, y por tanto que la tradición de la familia de Cervantes, no era de un sentido avieso. Sin embargo, comprenden los herederos de Boróx la victoria de los humildes sobre los poderosos, efecto de la publicación del *Quijote*, y este sólo pensamiento ratifica el sentido que le han dado los modernos de Biblia del Renacimiento.

Así pudo decir Voltaire del libro por excelencia de tejas abajo; «He ahí un gran libro que ha matado á un gran pueblo».... No, no le ha matado, porque ya estaba muerto; lo que hizo Cervantes, con la inconsciencia del genio que dice Menéndez Pelayo, fué extender su epitafio, y aún así, con

las protestas del capítulo III de la segunda parte á las tachas que los coetáneos letrados le ponen por boca de Sansón Carrasco.

«Digo señor bachiller Sansón Carrasco—dice Sancho—que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfaden las cosas que de mí se cuentan; que á fuer de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran de muy *cristiano viejo como soy* que nos habían de oír los sordos.» Lo que sucedía en el tiempo de Cervantes, es que ya estaba minado el edificio de la antigua España, cuya ejecutoria era según el propio Carrasco, «el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades..... la honestidad y continencia en los amores».....; y en ruina todo eso, dió tanto gusto á los pajes *Don Quijote* en sus desgracias, que no había *antecámara de señor donde no se hallase*.....

Es decir, que empezaba en España la revolución en las ideas, y la historia del *Ingenioso Hidalgo* contenía la levadura, sin advertirlo su autor, del pensamiento moderno.

Mas el propio Cervantes también vió al cabo el fermento de su obra, por lo que, á la muerte de *Don Quijote*, le llama Alonso Quijano, *el Bueno*, y antes por boca de Carrasco, en el capítulo IV se disculpa de haberlo hecho, «llevado más del *interés* que de darla se le sigue que de otra alabanza alguna». «A lo que dijo Sancho: ¿Al dinero y al interés mira el autor?, maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, como sastre en vísperas de pascuas», que es lo que le pasó en la primera parte á Cervantes, de donde meter en ella hasta la novela de *El Curioso Impertinente*.

Este *interés* le estudiaremos aparte, porque es el que salva á Cervantes de intención segunda en el *Quijote*.

Ventura F. López.»



Don Alonso Quijano el Bueno

CAPÍTULO I

Donde «Don Quijote» despierta.

Ya estaba harto Don Alonso de que le movieran los huesos á cuenta de un tal Cervantes Saavedra: así que, revolviéndose en la fuesa donde él le dejara real y verdaderamente tendido de largo á largo, al despertar, quiso echar mano á la espada; pero se encontró con que tenía ambas atadas con un Rosario..... y luego con que estaba vestido de franciscano.....

Se incorporó, pues, de un salto, y la nueva sorpresa fué ver que también estaba cambiada la iglesia de Esquivias.

Pensó por un momento si le habrían tomado por Santo; mas al punto recordó la *Historia de los siete Durmientes* y lo comprendió todo....

Había por lo tanto que adoptar el hábito, como forma del nuevo estado, si no quería exponerse á mil contingencias.

Y de este modo cambiado, salió de la Iglesia cuan alto era, las manos metidas de una en otra de las mangas, la capucha puesta, y paso quedo....

Y extrañóle lo primero al salvar el puente del arroyo, ante la iglesia, que una mujer que lavaba no llevase toca á la cabeza, sino un pañuelo.

¡Dijera que la transformación del lugar, mientras él dormía, se había realizado á la inversa!; él mayorazgo, en hábito de penitencia, y ellos....

Pero avanzó hacia el pueblo y también halló que había crecido y enseñoreado; pues era botica la casa del curato, y el mesón adjunto de su mayorazgo, donde él pasara tan buenas tardes, era en cambio casa del Cura....

Por no toparse con éste, aunque no podía ser el mismo de su tiempo, torció á la izquierda.... y por-

que además quería ver cuanto antes la mudanza de su casa.

¡Pero si ya no existía la Peraleda de su prometida esposa que fué Doña Catalina, luego mujer de Cervantes; ni en frente el molino aceitero que movía el viento!....

¡Sí, asimismo habría desaparecido el hospitalillo fundación de su padre Don Gabriel, porque á fe, á fe que ahora lo necesitaba como refugio para prevenirse á andar por el mundo!

Con el corazón oprimido por esta duda, subió la calle de la derecha, y ¡oh fortuna! allí estaba todavía con su crucecita de palo á la puerta....

Nervioso llamó de súbito, y al poco rato una mujer abrióla.

—Pase, pase—sin más preámbulos dijo—aunque me extraña que su Paternidad no se hospede en casa del Sr. Cura.

¿Voy á avisarle?

No, no —la contuvo Don Alonso—espere.....

(Y se quedó absorto contemplando las palomas que salían de su casa mayorazgo á la espalda).

—De todos modos—replicó la mujer—, he de ir á dar cuenta al Alcalde, porque no estando enfermos, aquí no pueden estar más que un día los huéspedes.....

—¡Vaya, vaya.....—murmuraba Don Alonso sin estar en lo que decía.....

Y mientras la mujer volvía, se entretuvo con un libro que halló á mano, cuya portada rezaba:

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Leyó afanoso las primeras páginas y exclamó:

—¡Este soy yo!....

¡Y el que se me burla mi rival Cervantes!....

Por lo que siguió de corrido leyendo, y siéndole pesados los intermedios capítulos, saltó al final..... y luego de darle cabo se quedó pensativo.....

En tanto tornaba la encargada del hospitalillo y decía á Don Alonso:

—No tenga cuidado su reverencia; puede estar cuanto guste, porque es el único huésped.....

—Pues entonces—agradeció Don Alonso—voy á dar vuelta al pueblo, y si tardo no se espante.....

Y siguió calle andando, pues el callejón de los

Quijadas estaba tapiado, y al terminarla, torció para enterarse del estado de la casa en que vivió Cervantes; la de los padres de Doña Catalina.....

Continuaba casi igual que en su tiempo y no quiso entrar por no recordar á su enemigo.

Siguió, en efecto, calle arriba, y al final á la derecha, allí estaba por suerte su propia casa, con sus mismas cruces de San Juan y de Santiago sobre el dintel de la portada.....

Entró, con cierto recelo en el zaguán y vió el pozo con la Cruz de Calatrava; enfrente el palomar sobre la cueva, y á un lado el cocedero.

¡Oh cómo se le ensanchó el alma viendo esto!

Y paraba atónito en el patio, cuando salió el amo, un labrador que dijo llamarse Navarro.....

—¿Pero es cierto?—requirióle Don Alonso—y al oír la afirmativa.

—¡Bendito sea Dios!—dijo abrazando al labrador—que no ha permitido que saliera de la familia.....

Y subiendo á los pisos altos, iba diciendo antes de llegar, donde estaba la cocina, aquende el estrado,

allende los aposentos, hasta el sobrado ó vistas, desde el cual estuvo mirando hacia Toledo....

¡Y después hacia los llanos que de allí se vislumbran de la Mancha!...

Navarro, extrañado de que tan bien conociera la casa el fraile, había llamado á su mujer y con ella habían venido los chicos, y como todos mirábanle y estaban asombrados, Don Alonso prometiéndoles volver, salió luego, luego seguido de una caterva de muchachos.

A los cuales por evitar, en vez de seguir al Hospital, Don Alonso torció á la izquierda, bajando la calle de la Cuesta, y se fué para la Plaza.

Adonde antes de llegar se encontró con que dos caballeros montando soberbios potros jerezanos le paraban, preguntándole por la Iglesia, porque querían ver la tumba de *Don Quijote*.

—Vengan, vengan—dijo Don Alonso, sin más explicaciones—y se metió en la antigua casa, convertida hoy en Casino, de los tíos de Doña Catalina.

.....

Y allí no sabemos lo que Don Alonso haría ó diría;

lo cierto es que los caballeros al poco rato, en lugar de ir á la iglesia, salieron tras el fraile, y se dirigieron hacia el antiguo convento de Capuchinos, á la salida del pueblo.



CAPÍTULO II

Lo que contó Don Alonso camino de Toledo.

Juntos salieron de Esquivias los tres personajes de esta verdadera historia, al parecer tan amigos, pues dijo el inglés Morris que marchaba primero, caballero en soberbio potro jerezano, á Don Alonso que iba discutiendo detrás con Arturo su escudero.

—Según eso, vuestra merced sabe por dónde llevó Cervantes á Don Quijote en sus aventuras de la Mancha, aunque para ello no saliese de Esquivias el inmortal soldado de Lepanto.

—Y tanto como sé—contestó el fraile—sino que no pude leer más que el principio y el fin de su historia, y paréceme que mezcló sus propias andanzas en ella.

Dígolo, porque el Vicente de la Roca, que no es sino el bellaco mi rival, cuando hace traerme encan-

tado en la jaula á este pueblo, se detiene antes en aquellos montes que allí se divisan, que es donde el cabrero cuenta el rapto de Leandra mi misma prometida esposa Catalina.

—Eso no puede ser—dijo Arturo—porque por las partes de Aranjuez parece que vienen, conforme á aquellos versos del soneto del paniaguado académico de la Argamasilla *in laudem Dulcinæ del Toboso*.

«Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra-Negra y el famoso
campo de Montiel hasta el herboso
llano de Aranjuez...»

—Pero advertid—repuso Don Alonso—que acaba el verso

...á pie y cansado»

siendo tan verdad que Don Quijote fué siempre á caballo; por donde veréis con la que escribe Cervantes.

—Por cierto—continuó Morris—que si vos Arturo habéis de rectificar á cada paso á nuestro fraile, habrá que repetir lo de Sancho.

—Es que—contestó éste—es ya bastante tener á

Don Alonso por resucitado, para que además hayamos de creer á pies juntillas, lo que dice: y más que podía suceder que ya hubiera muerto cuando escribió Cervantes su historia.

—Eso no—replicó Morris—porque si bien el *Quijote* no se publicó hasta 1605, estaba ya impreso el 1604, y la mayor parte de él, ya en Mayo de este año.

—Eso yo no lo sé—dijo Don Alonso—pues a saberlo no lo hubiera yo tolerado; lo que sí sé es que en Julio de ese año de 1604 llegó Cervantes á Esquivias, y por lo que en el cuento del rapto se entiende creo que de Toledo.

Y aún añadiré que recuerda el rapto de veinte años antes, precisamente al pasar por ese sitio, porque el lance fué causa de todas sus desventuras y de que escribiese contra mí su famoso libro.

Por eso se ensaña en mí, á cuenta del cabrero: porque creía que yo era el culpable de todo, cuando yo me estaba en mi casa preparándome á la muerte.

Quiero decir, que, como suele, él se pone la venda, siendo yo el descalabrado.

—Así se puede sospechar—concluyó, Morris—por lo que inculpa a la pobre niña engañada, con tal de quedar él á salvo; conducta que no quiero calificar por respeto á la memoria del gran manco....

Pero contad lo que sabéis, Don Alonso, mientras allí llegamos.

Y refrenando el caballo, el fraile en medio de Morris y Arturo, prosiguió aquél diciendo:

—Lo cierto es que el soldado que sedujo á mi prometida esposa, pudo hacerlo no sólo por ser ella una niña de dieciséis años, sino porque se criaba con sus tíos carnales los Salazares, viviendo, por consiguiente, en la plaza donde tenfan su casa.

Lo que sí creeré, es lo que él mismo confiesa de haberse limitado á robarla, dejándola con lo que en las mujeres no tiene precio, por cuanto que lo que el soldado Cervantes buscaba, era una rica heredera para casarse, hallándose inútil para el trabajo como se encontraba.

Amén de que, al llevarla su padre al convento de Santa Úrsula de Toledo, en él no la hubiesen admitido, ni aún como educanda, á pesar de ser su tía Sub-

priora de él en 1583 cuando ocurrió el lance, de no llevar consigo su pureza....

Que esto fué lo que enamoró verdaderamente á Cervantes luego: el estado religioso de su dama: y lo que hizo que al fin, á la muerte del padre de la menina al año siguiente, Cervantes se casara con ella.

Consta el enamoramiento de *La Galatea* escrita en Toledo, mientras Doña Catalina se hallaba en el convento, y recuerda el estado religioso el hábito que en Borox viste en el retablo de Santa Catalina.

—Que me place la historia—interrumpió Morris—y que ya me estoy enamorando yo también de Cervantes.

—Sí por cierto—agregó Arturo—pero continuad Don Alonso, que la historia es nueva.

—Entonces fué también cuando yo perdoné á mi rival—siguió resignado Don Alonso—y la prueba es que me casé en seguida, y habiendo enviudado, me volví á casar, para que nunca se creyera que era yo causa de la desavenencia del matrimonio al abandonar Cervantes á su mujer á los dos años.

—Es la fatalidad que le perseguía—dijo Arturo.

—Es..... la gran decepción que la grande obra preparaba—agregó sentenciosamente Morris.

—Sin duda—advirtió Don Alonso—pero eso no disculpa el que veinte años después, al recordar todo esto, me moteje con el nombre de *Don Quijote*.

—Os llama Alonso Quijano el Bueno, en la segunda parte—corrigió Arturo.

—Y ha sido su castigo en todo caso—agregó Morris—que, queriendo burlarse de vos, os haya hecho en el mundo famoso como espejo de caballeros.....

.....
—Pero ¿qué ruido es ese de huracán que por aquí siento?—preguntó de pronto Don Alonso—y vieron Morris y Arturo que se acercaban á la estación de Yeles al tiempo que el tren entraba en agujas.....

Riéronse, pues, de ver el espanto de Don Alonso, y apeándose de los caballos, trataron en pocas palabras de explicarle lo que aquello era, y cómo por medio del vapor, se había llegado á suprimir los caballos.....

Don Alonso parecía reconcentrarse en sí mismo, ya cuando el tren había parado, y dijo tan solo:

—Sí, ahora comprendo, y me acuerdo de haber

oído en mi juventud cómo por parecido modo un ingenio de la época en tiempos de Carlos V, trató de mover un barco en Barcelona.....

—Exacto—dijo Morris—asombrado de que más no se asombrara Don Alonso.

Pero lo que ocurrió con este inesperado encuentro, merece capítulo aparte.



CAPÍTULO III

Donde el nuevo Quijote manifiesta sus intenciones.

Llevando cada cual del diestro su caballo cruzaron nuestros caballeros el paso á nivel y fueron á la estación, por ver que el tren paraba demasiado.

Y cuando llegaron á él sintieron gran alboroto de los viajeros que protestaban de mil modos de su retraso.

—Mucha prisa llevan por cuento—dijo Don Alonso al advertirlo—, y no me explico el caso, porque, cuando mucho tardan en llegar á donde van, siem-

pre llegarán antes que nosotros á Toledo, al paso que lleyan.

—Sin embargo—rectificó Arturo—una vez consentidos, en que sólo dos horas habían de tardar en su viaje, siempre es molesto tardar doble, amén de que vaya á saber su merced los perjuicios que á cada uno pueden venirle del retraso.....

A lo que contestó Don Alonso:

—En mi tiempo un día se tardaba en llegar á Toledo, y nadie protestaba, porque á ninguno cabíale en la cabeza, que se pudiera hacer tal viaje sin peligro más presto....

Y en cuanto á los perjuicios, pienso que serían los mismos.

Morris callaba en tanto y vino á enterarse de que la parada del convoy obedecía á la orden recibida en aquel punto por los ferroviarios para declararse en huelga..... y ya había ideado encargarse él de la máquina, toda vez que era ingeniero, por lo que propuso á Arturo que fuera á cuidar de las agujas de cambio. Mas éste que, en efecto, tenía algo de Sancho, no vió tan fácil el empeño, dada la actitud de los ferro-

viarios, y mientras disuadía á su amigo del propósito iban llegando á la máquina que Don Alonso estaba mirando muy atento.....

Por cierto que el maquinista que observaba la turbación del fraile, quiso lucirse explicándole el artefacto, y dando por supuesto que los tecnicismos no cabrían en su cabeza, decía:

—Es como si fuera un animal, vamos: las ruedas son las patas; la chimenea, el resuello, y el estómago y las tripas, la caldera.

Y Morris apretó los puños al oirlo, sin poderse contener, pensando en un *match* de boxeo.

Contuviéronle dos pobres caminantes que con su atillo al hombro se habían acercado, y decían por vaya:

—¿Conque huelga, eh?... ¡como la nustral

—Ahl.... ¿pero —exclamó Don Alonso— es que éstos no son también viajeros?....

—Sí, pero del caballo de San Francisco, como su merced—dijo con gracia Arturo—que como no tienen blanca, quisieran ver á todo el mundo á pie y callando.

—Luego—arguyó Don Alonso—¿esto no es sino para los ricos?

—Para el que lo paga, desde luego, y nada más....

—Pues entonces, andad, andad con Dios, buenos hombres—dijo á los caminantes—y dejemos nosotros á los viajeros que allá se las entiendan con la huelga... Mas quisiera yo saber—agregó—cómo han podido enterarse estos señores de la orden de huelga dada al llegar á este punto, ni más ni menos.

Morris había quedado confuso, la cabeza baja y las manos en los bolsillos, al oír á Don Alonso, por lo que no quiso explicarle el caso; ello tampoco necesario, pues que en seguida continuó Arturo....

—Ved, señor mío, esos hilos que cuelgan de esos palos á lo largo del camino....

Por ahí, de modo insensible, vino la orden y en un segundo....

—Menos me explico esto....—insinuó Don Alonso.

—Porque no leísteis la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*—intervino muy serio Morris—porque allí ya Cervantes, con el artificio de la cabeza parlante, dió un avance....

Al oír lo cual, Arturo se le quedó mirando de hito en hito, por creer que se burlaba.....

Siguiendo, pues, su camino los caballeros sin hablar palabra, aún no habían andado una buena media legua, cuando un sordo zumbido hizo á Don Alonso volver la cabeza y vió como un moscardón gigante que volaba muy alto.....

Miró atónito á Morris, y dijo Arturo con su locuacidad habitual:

—Es un aeroplano de Cuatro Vientos.

—¿Y qué es eso?—preguntó Don Alonso.

—Algo como un pájaro que lleva un hombre á la espalda.....—afirmó Morris.

—La fábula de Icaro, ya comprendo, realizada— asintió Don Alonso sin mostrar asombro.

Pues advierta al atrevido que pueden derretírsele las alas.....

—Así es—afirmó en seco Morris—que un día sí y otro no, al cabo todos vienen al suelo.....

—¡Hombre!—prorrumpió Arturo ya mohino—eso no lo aguanto.

Porque harto sabes tú que otras escuelas y otros aparatos, realizan siempre sin mayor peligro que el ordinario de todos los medios de locomoción sus travesías aéreas.....

—No hay para qué incomodarse—medió Don Alonso.

¿Pero entendámonos, y para qué es ó con qué fin el hombre se propone volar como los pájaros?....

—Pues para acortar distancias, para vencer á la Naturaleza, rebelde al hombre hasta estos tiempos—dijo Arturo.

—Para acercarse á la muerte, dirá mejor su merced—corrigió Don Alonso—que todo lo que sea ganar tiempo, es acercar al ocaso el nacimiento.

—No se puede sufrir hoy tal lenguaje, Don Alonso—corrigió Arturo—y sólo se os puede dispensar á vos que estáis muerto desde hace trescientos años.

¿Y qué me diríais—añadió—si yo os dijera, que hay un aparato que habla, que repite lo que escucha y que se llama gramófono?....

En esto daba la oración en Villaseca y hasta donde

nuestros caballeros caminaban llegaba el eco de las campanas.

—¡Eso!—contestó Morris por Don Alonso—que es el eco; el vaso que, recogiendo las hondas, las manda centuplicadas, encauzándolas, lo mismo si se trata del éter que del aire; la *Cabeza Parlante*.

—Idos con todos los diablos—dijo picando espuelas Arturo—que no parece sino que os ha entontecido el fraile.

—¡Por Dios!—exclamó Don Alonso—que el mozo no debe de ser Juanelo; que siempre se observó más fe y más ciega en el neófito que en el maestro.



CAPÍTULO IV

**Que trata de lo que sucedió á Morris
con unos carboneros.**

Cuando llegaron á las afueras del pueblo ya estaba allí Arturo platicando alegremente con unos carboneros, á juzgar por sus rostros negros, y el par de carretas, deshuncidos los bueyes que rumiaban, arriadas á las tapias de la ermita.

Había ido comentando Morris con Don Alonso lo extraño de la tubería desarticulada de agua que habían venido observando todo el trayecto, y no se explicaba á qué podía obedecer que, en tan sedienta tierra, se destruyesen unas acequias y sifones desmoronados que habían visto.

Y en esto demoraban al llegar á su amigo que daba

prisa á los carboneros para avivar la lumbre en que cocía un gran caldero.....

Que debía de contener algo volátil, aunque de sustancia, según mostraban las plumas acá y allá llevadas por el aire.....

Un zaque de vino no menor que el caldero, y una bota de lo mismo, tamaña como un pellejo, colgaban haciéndose guiños, sin duda, de los varaes de las carretas.

Y como oyera el comentario uno de los carboneros que Morris barajaba, hubo de decir levantando la cabeza, pues soplabá á la lumbre en aquel instante.....

—¡Cosas de España, señor!....

Que después de haberse gastado el Marqués más de un millón de pesetas en hacer ese canal para regar este lugar que por su sequía se llama de Villaseca..... (y digo que se ha gastado eso y mucho más....., porque yo lo oí al mesmo Alcalde de este pueblo—que éste no me dejará mentir—y señalaba al otro carbonero).

Digo, pues, que se ha gastado en eso muchos miles de miles de pesetas, para que á la postre viniera uno

de esos que llaman nuevos-ricos que se han enriquecido en la guerra—¡y la lástima es que no se quedaron en ella!—y lo destruyera sólo para vender la cañería por hierro viejo.....

—Algo de eso—replicó Morris—ha pasado en todas partes.....

Pero esto es asombroso y no sé cómo lo ha tolerado el vecindario.....

—¡Eso digo yo!—añadió el otro carbonero—que aluego dicen que pasan cosas ó no pasan..... y lo que aquí había é suceder es que vinieran esos bocheviques que dicen que todo lo arreglan.

¡Voto á tal si mañana fuese!

—Anda allá, tú, con el gallo—le increpó Arturo, empujándole—¡y qué entiendes tú de bolcheviques!....

No hace falta nada de eso cuando un pueblo tiene conciencia.

—La conciencia, la conciencia—repetía entre dientes el carbonero—¿pues qué se puede aquí tener conciencia?....

—¿No ve Vd.—añadió—que se vende al Diputado ó á quien la compra?....

Y no quiero hablar más: porque en boca callada no entran moscas..... y á buen callar llaman Sancho.....

—Y haces bien; que como nosotros no entendemos de estas cosas—le advirtió maliciosamente el otro—tenemos que pasar por todo, porque, como dijo el otro: la fe del carbonero.....

Y miraba á Morris para ver qué efecto le hacían sus palabras, porque él entendía que estaba elocuente, conforme al silencio que todos guardaban.

Quien ciertamente escuchaba con atención, mientras Don Alonso mostraba su gesto habitual de profunda tristeza..... y Arturo se entretenía espumando la cena.....

—Pues bien—dijo Morris de pronto—y ¿dónde está ese malandrín de nuevo rico, que quiero ir á verle y oír cómo se explica?....

—¡Anda!..... pues, si allá mesmo vive, junto á la estación..... y nadie se mete con él.....

—Cuanto más, que todo el mundo le saluda y le quita el sombrero—contestaron por turno los dos hombres.....

—¡Ahl..... Entonces no tiene remedio un país así, y quizás sea un bien la guerra.....

Vamos, pues, á comer.....—cambió de conversación Morris.

—A comer, sí—insistió Arturo—y dejémonos de política.....

—Verdad es—confirmaron los carboneros—que güele el guiso bien, ¡viva Cristol!...

Y conteniéndose hasta que Morris comenzara, tiraron de navaja para partir el pan, y luego con ella misma pinchando, rociaban el condumio con lo de la bota, que en ir y venir por el corro no se daba reposo. Y á modo que comían se alegraban, y al ver la llaneza de los señores, comenzaban á tomarse confianza..... y ya surgían los cuentos picantes y los chascarrillos..... y tal cual otro erupto.....

Morris comía y callaba, admirado de tanta simplicidad y rudeza, y Arturo estaba temblando, porque ya presentía en lo que iba á acabar aquello.

—Mire, nostramo, señor inglés—habló al cabo un carbonero—lo que me dice éste:

Que no faltaba aquí sino la moza de la santera para

que nos sirviese, que según es de rubia y colorada, dijera que había de hacer buena pareja, con vuestra excelencia.....

Rió Morris la intención, riola Arturo, y sólo Don Alonso permanecía como abstraído sin llevar bocado á la boca.....

En esto, tomando la bota el que había hablado, juntóla á su pecho, apretóla, y poniendo los ojos en alto, estuvo un rato mirando á las estrellas, mientras se oía el gorgoteo del trasiego.....

Y cuando vió el otro que llevaba trazas de dormirse en la probanza, dióle por hacer gracia por bajo de la bota un golpe..... y el que bebía, escupió, tosiendo, todo lo que tenía en la boca..... y rompió por la otra parte con grande estruendo.....

—¡Animall—ya me lo sabía yo—rugió Arturo.

Y Morris poniéndose en pie, fuese junto á una de las carretas.....

—Por causa de éste fué—disculpóse el reprendido—pero no crean vuestras mercedes que fué en ofensa de sus barbas honradas, que es que con el golpe de la tos se me corrió la pretina.....

Pero algo así como una nube de gases asfixiantes desmentía la disculpa, por lo que Arturo se levantó también diciendo: *Peor es meneallo.....*

De suerte que, dándose por terminada la cena con esto, entrándose Don Alonso en tanto en la ermita, cada uno de los otros se acomodó en un serón de paja, arropado con su respectiva manta bajo las carretas, y durmieron como Príncipes toda la noche.....



CAPÍTULO V

De cómo nuestros caballeros entraron en Toledo.

A la mañana siguiente, en cuanto alumbró el Sol adobaron nuestros caballeros sus cabalgaduras, y sin despedirse de los carboneros, al paso, por no cansar á Don Alonso que no toleraba más caballo que el de San Francisco, salieron de Villaseca camino de Olfas, donde comieron; y vuelta á emprender la marcha, á la caída de la tarde estaban en Toledo.

—¡Loado sea el Señor!—dijo Don Alonso al divisarlo—y quedaron suspensos un momento Morris y Arturo mirándolo.....

Verdaderamente imponente era la honda cava que se descubría á su izquierda, por donde allá lejos el Tajo discurría, y por contraste, á la derecha, una puerta colosal se alzaba dando ingreso al promontorio de casas que circundaba la muralla.

—¡Cuán distinto!—exclamó reponiéndose de la emoción que la vista le había causado Don Alonso.

Parece un pueblo este desbordamiento de habitáculos que envuelven al Hospital de Tavera..... antes desierto.....

Pero—siguió corrigiéndose—este bosque que está aquí delante, en cambio, mata el horror de la picota en este sitio antes.

Y diciendo esto entraban por la Puerta Visagra, él delantero, y subían por el Cristo de la Luz, torciendo hacia los cobertizos.....

Cuando salieron de ellos, caminando á tientas pues, habían ido Morris y Arturo por que ya la oscuridad los velaba, y desembocaron en la Plaza de Santo Domingo el Real luego, otra vez respiraron satisfechos al ver su aspecto fantástico.

Entonces Don Alonso cayó de rodillas, y contuvieron los otros sus caballos mientras oraba.....

Aquél se levantó y dijo al cabo:

—No extrañen vuestras mercedes mi compunción; esta es cual si fuera mi casa: aquí tuve yo muchas

parientes monjas; y recuerdo ahora cual si fuese hoy á la última que murió de Priora; la protectora de mi enemigo Cervantes, por gracia..... ¡Doña María de Mendoza!

Ante tal fervor de Don Alonso al evocar sus recuerdos, Morris y Arturo pensaron que sería bien apearse de los caballos (pues el lugar era solitario, y se prestaban las columnas del pórtico de la Iglesia á atarlos), cuando observaron que la puerta se hallaba abierta.

Apeáronse, pues, y siguiendo á Don Alonso entraron en la Iglesia toda ensombrecida, sin más luces que dos que brillaban en el altar mayor, alumbrando á una Virgen, ni otro ruido que el que un clérigo gordo y carrasposo hacía en el púlpito murmurando el Rosario.....

A la espalda de ellos advirtieron en seguida que un coro de femeniles voces, como saliendo de una tumba, le contestaba.....

Eran de unas siluetas blancas que allá en el fondo, tras cortinas, se perdían.....

Y encendiendo luego más luces del altar el sacris-

tán, y después de tal cual tosecilla para pulir la garganta, acompañado del órgano comenzó á cantar la letanía un ángel que no monja, según pareció á Morris.....

Igual pareció sin duda á Arturo, porque mirándose ambos, fueron á sentarse entre las dos rejas del coro, mientras Don Alonso quedaba postrado en tierra en medio de la iglesia.

Esta se había transformado por completo para ellos, y ya no les parecía lóbrega cueva que encerrase prisioneras, que era la impresión que les había causado al principio, sino verdadero paraíso, donde entre el humo del incienso se asomaban por lo alto los serafines, para oír la dulce melodía de los trinos que un ruiseñor lanzara oculto en la fronda de los retablos.....

Eso y no otra cosa semejaba la monja cantora tener anidado en su garganta.

Y en medio de su flema británica, á pesar de la diferencia de religión, y que nada entendía, por lo tanto, no podía por menos de contestar él también con el coro:

—*¡Ora pro nobis, ora pro nobis!*

.....

Cuando acabó aquello y las tres ó cuatro viejas que se hallaban en la Iglesia salieron, Morris y Arturo, se acercaron disimuladamente á las rejas; pero nada columbraron de lo que buscaban, porque la más impenetrable oscuridad se había hecho.

También Don Alonso salió, y tras él salieron ellos, y preguntándole particulares de las monjas, ya en el atrio, el fraile contestó:

—Es historia para pocos: si supieran vuestras mercedes la que tiene esa Virgen del Rosario..... ¡y este convento!.... ¡¡y estas puertas!!.... ¡¡y este porche que ahora aparece así callado!!....

—Pues dejadla, vos, para mejores, si os parece—le increpó Arturo—, que no somos nosotros quienes para escucharla.....

Pero salió en esto de la iglesia una joven que él en las sombras no había advertido, y tal luz debía llevar en sus pupilas, puesto que en su figura tal garbo llevaba, que Arturo se fué tras ella, viendo como se adentraba en la casa frontera.....

Por lo que no pudo oír la réplica de Don Alonso ni á Morris lo que proyectaba.

Era esto que, pues no habían de perder la costumbre de dormir al raso él y su compañero, según Morris gustaba, podían quedarse en el pórtico de la iglesia, y así le encontraría el domingo—era sábado—á Don Alonso, á punto de cumplir sus deberes religiosos.

Al cual encantó la propuesta; así que cuando Arturo tornó de su escapada, el partido ya estaba tomado; él iría, como de costumbre, por bastimentos para la colación donde los encontrara, y en tanto Don Alonso, contaría á Morris la historia del convento.

Encantó á Arturo el partido también, porque él concibió en cambio el proyecto de preguntar por lo que necesitara en la casa donde la joven había entrado; pero más le plugo todavía á Morris, á quien por el pronto estorbaba, porque quería oír á Don Alonso muy despacio.....



CAPÍTULO VI

**Donde Don Alonso cuenta la historia de la
Priora Mendoza.**

¡Parece mentira que la historia así se repita!—exclamó Don Alonso mirando á Morris que le escuchaba ansioso.

Trescientos veinticinco años ha que en este mismo lugar, una noche como ésta, con idénticos preparativos de caballos enjaezados, á estas propias columnas atados, ocurrió lo que voy á contar que es tan verdadero.....

¡Había una Priora en esta casa, joven y hermosa, pariente mía por azar, de tanta virtud como talento; que á esto debía, á pesar de sus pocos años de profesora, el ser Priora de estas Dueñas de Santo Domingo, entre las que se contaban hijas de la primera nobleza! Y había un caballero en la ciudad, cuyo nombre

no hace al caso, pero hijo también de noble cuna, que tenía una prima monja en el convento.

Ocurriósele un día (sin duda por tentar, no teniendo que hacer cosa mayor, que era disipado sobre manera), venir á visitarla, y como es obligado salió la Priora acompañando á la monja á la red ó locutorio, donde esperaba el caballero.....

Ver á la Prelada éste, y quedar prendado de ella, todo fué uno, y el demonio que todo lo pervierte hizo lo demás; que la joven Priora, olvidando esto y recordando al enamorado galán de su infancia, consintió en corresponderle, y fué el medio de entenderse, con objeto de poder hablar con él otra vez á solas.....

(Como en éxtasis oía Morris á Don Alonso hasta llegar aquí en el relato; pero en este punto redobló su atención, disimulándola con un sencillo):

—¡Sí qué es raro!....

—Nada de eso—prosiguió Don Alonso.

La Priora no tiene escuchas en los conventos; y se comprende, porque ha de tener que negociar reservados.

El asunto es que el medio de verse solos fué que el caballero le trujese del convento también de Dominicas en que la Priora había otra hermana mayor, ciertas flores que para un retablo de su cuidado le tenía prometidas....

Era éste el del altarico donde se veneraba dentro de la clausura esa misma Virgen que ahora en el altar mayor de la iglesia habéis visto....

Finalmente, por acabar; que el galán y la monja se convinieron en que una noche después de la hora de Maitines, la esperara él con dos caballos á esta puerta, porque aunque ella tenía todas las llaves del convento, era esta salida de la iglesia la de más retirado comercio.

Y como lo pensaron lo hicieron, y antes que rayara el alba estaba camino de Portugal la pareja....

Acaso la atolondrada monja al pasar en su fuga por delante de la imagen del Rosario que veneraba.... con singular devoción.... todavía conservó luz para encomendarle la Comunidad y hacerla cargo de las llaves, diciendo:

—¡Adiós, Madre mía, que no sé lo que hago!...
¡Ten Tú de las monjas cuenta!

—Llevarían á feliz término sus amores—interrumpió Morris en seguida.

—No por cierto, amigo mío, que nunca sale bien lo que no va por camino derecho—contestó Don Alonso.

Vivieron sí, como matrimonio, dos años en Lisboa; pero como vivieron cual si nunca hubiéraseles de acabar el dinero que sacaron: él de su casa, ella del convento, pasados esos dos años, hubieron de declinar á Mérida en busca de trabajo la monja, porque su galán no era sino un bigardo.....

Y al cabo..... ¡de lo que no puede decirse sin vergüenza!....

Hasta que partido cada uno por su lado, la pobre monja, en hábito de mendiga, se encaminó á Toledo.

.....

Y quiso Dios que al pasar por aquí á esta hora, viera, como nosotros, abierta la puerta..... y que por curiosidad entrando en la Iglesia, tropezara un ma-

nojo de llaves, que era el que ella había confiado á la Virgen del Rosario.

Quien la dijo apareciéndosele:

Entra y ponte tu hábito, que nadie ha notado tu falta.....

—¿Qué os parece, Mister, de este milagro—requirió Don Alonso enternecido.....

—Oh! que es bien español—contestó impasible Morris.

Pero Don Alonso no comprendió la ironía, y continuó con lágrimas:

—Aquí, junto á la primera reja, está enterrada; se llamó en vida Doña María de Mendoza, y era hija de Don Diego Hurtado de Mendoza, el autor de *El Lazarillo de Tormes*: por eso protegía á Cervantes.

—Muy interesante entonces — dijo Morris — y hemos de verla en cuanto amanezca.....

Pero lo que él quería ver era á la monja cantora, que ya en su imaginación la había proclamado su Dulcinea.....

Así que cuando llegó Arturo con los fiambres que habían de servirles de colación, por más que le ofre-

cía alborozado, comiendo con gran apetito, Morris apenas probó bocado, ensimismado en sus pensamientos, oyendo las pisadas de los caballos que piafaban como venteando el camino de Extremadura.....

Después, recostado cada cual sobre su escalón del porche, durmieron hasta el día, y cuando se abrió la Iglesia lo primero que hizo Morris es pegarse á la reja del coro, inquiriendo afanoso.

Y no vió sino la lápida de la Mendoza que decía:
«Aquí yace Doña María de Mendoza, Priora que fué de este convento; falleció día 14 de Julio de 1604».....

Mas como también se había acercado Don Alonso con su hábito de San Francisco, y las monjas creyeronle fraile, vino á su encuentro la Priora, una monja cetrina, con cara de enferma que preguntóle lo que quería.....

—Ver si esa sepultura se conservaba—dijo Don Alonso—como yo la ví hace tanto tiempo.....

—¡Y como si se conserva!.....—contestó la monja—como que siempre que hemos intentado abrirla, no

ha habido fuerzas humanas que pudieran levantar la losa.....

El caso es que no sabemos quién fuera esa Doña María de Mendoza por que no se hace de ella mérito.

—¡Una Santa!—repuso Don Alonso—al paso que Morris se había quedado convertido en piedra.....



CAPÍTULO VII

**De lo que verá el que leyere con otras cosas
tocantes á esta historia.**

Camino de la barbería, pues siempre fué Morris pulcro, iba contando á Arturo el milagro que le había relatado Don Alonso, y dijo Arturo:

—No hagas caso; ese es el cuento de *Margarita la Tornera*, de que Zorrilla ha hecho una preciosa leyenda.

—Pero ¿cómo puede conocerle entonces Don Alonso?—preguntó Morris incrédulo.

—Vah! cuentos y más cuentos—contestó Arturo—entrando en la primera barbería que toparon al paso, que era una de las Tendillas.

Y el que la servía, un verdadero maese Nicolás con sus puntas de letrado, discutía cuando nuestros caballeros entraron con el paciente á quien operaba la corrida de toros en Madrid aquella tarde.

—Pues yo no me quedo sin ver á los niños—repetía escupiendo jabón el parroquiano—aunque me cueste cinco duros la entrada.....

—¡Eso es!—le increpaba el maese—y otros cinco duros del viaje y merienda, son diez..... ¡y vengan pleitos!

—¡Toma!—disculpábase el Abogado—cada cual tiene sus gustos..... en cambio no me verás en el teatro.....

—Pues yo, tocante á esto..... obligatorio lo hacía—decía el barbero—, porque instruye y deleita.....

—(He aquí un Fígaro moderno—musitó al oído de Morris, Arturo).

—¡Qué vergüenza!—añadía el barbero para reforzar su argumentación, mirando á los caballeros..... ¡qué dirán las naciones extranjeras!....

Y como el Abogado veía reflejado á Morris en el espejo que tenía delante, replicó:

—Lo que yo digo del boxeo..... que es una barbaridad, pero muy nacional, de mucho carácter.....

—Oh, muchas gracias—expresó Morris, viéndose aludido—vos, señor, sois muy hidalgo.....

Sin embargo—añadió—todavía el boxeo, puede tener alguna aplicación; pero los toros no sé....

—Según, según—arguyó el Abogado—vamos á discutirlo..... y se levantó del asiento.....

Púsose en su lugar Morris, y Arturo fué el encargado de sostener el pleito con el Abogado.

—No, si no son lo peor los toros—transigía Arturo—sino el tiempo que se pierde hablando de ellos: eso de que no haya otra conversación toda la semana entre los españoles que de política ó de toros.... es, vamos, no sé cómo decirlo, ganas de que vuelvan otra vez los moros.....

—¡Que yo creo que llegan aquí!—insinuó el Abogado riendo—mientras se secaba la barba.

—¿Lo ve *vostér?*—interrumpió Morris—¡por falta de *boxe!*

Y levantó el brazo por cima de la cabeza del barbero.

—Señores, adiós, que me están esperando—dijo el Abogado marchándose.....

—Es un hombre notable—aclaró el maese al ver el gesto con que Arturo le había despedido.

Pues ahí donde le ve Ud. es un hombre bueno; todo lo torero que Uds. quieran, pero servidor de sus amigos como nadie..... y como político no hay aquí quien le iguale.

Pero ahora caigo yo—prosiguió el barbero cambiando de conversación.

¿Uds. son forasteros..... turistas, vamos, que vienen de excursión?

Ya lo había comprendido: tiene Ud. tipo de inglés—dijo á Morris.

—Y Ud. si no es andaluz, poco le falta—á Arturo.

Por eso me extrañaba que no fuese Ud. torero.....

—Sí—contestó irónicamente Arturo—y yo le dije á mi amigo en cuanto le ví á Ud., que era Ud. el mismo Fígaro..... ¡arrepentío!

—¿Y con qué se come eso?....—duplicó el otro inocente.

Porque eso á lo que yo entiendo, es una cosa así como *Don Quijote*, cosa de comedia: yo por lo menos en el teatro así lo he oído.

—Oh, no se puede negar que instruye, no—interpuso Morris—ya levantándose.

Y pagando, añadió:

También vos, señor barbero, os habréis oído llamar *maese*, sino que pensásteis que era á otro.

Dijo y volvieron á tornar por las Tendillas hacia Santo Domingo.

Y como iban bajando por la calle, vió Morris, antes de enfiar la de los Aljibes, un zapatero en un portal, y advirtió á Arturo, recordando el *Quijote*.

—Ese debe de ser el remendón, padre de la Tolsa, que ayudó á armar á nuestro Don Alonso.

E iba á reir la oportunidad Arturo, cuando se le añadió la risa en la garganta, porque le vió venir entre dos guardias, y gran tumulto de gente detrás, fustigando á los caballos que llevaban á remolque.

Paróse Morris encendido en cólera, y preguntó lo que sucedía; y contestándole los guardias que habían dado parte al Juzgado de cómo una tribu de gitanos había pasado la noche en el pórtico de Santo Domingo, allá llevaban á aquel fraile, que es al único que habían encontrado.

Explicóles Arturo, que ellos eran los gitanos dichos, y que al Juzgado irían de buen grado si no

había más remedio; pero que advirtiesen cómo ellos no tenían pinta de gitanos, y menos el fraile.

Reconociéronlo así los guardias, y por evitar el tumulto, consintieron en que quedaran los caballos en el convento de las Capuchinas.

Y mientras el fraile se metió en un portal inmediato que le pareció una capilla, Morris y Arturo caminaban hacia la plaza de los Postes.

Allí identificaron sus personas ante el juez, y en el acto, no pudiendo éste reprimirse, al reconocer en Morris al nuevo Don Quijote, le abrazó diciendo:

«Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes».

Y dando orden después á los guardias de que fueran por el fraile, llevó á los caballeros á su casa, donde tiempo hacía que les esperaban.

Es que era también el jefe de los «Guzmanes»: un muchachote alto, fuerte, muy dado á las armas, pero á quien por su sencillez todo el mundo llamaba Paco, confidencialmente.



CAPÍTULO VIII

Que trata de lo que en honor de Morris preparaba la Argamasilla.

Con todo esto extendióse la nueva de la llegada de Don Quijote por la ciudad, y los académicos de la, por mal nombre, *Argamasilla*, comenzaron á moverse en su busca para rendirle homenaje.

Tuvo noticia el más diligente de que se hospedaba en las Capuchinas, de cuyas monjas él era Médico, y allá corrió en seguida.

Llegó, pues, ornado de varias condecoraciones nacionales y extranjeras, y á tono de la magna representación que ostentaba, mandó muy grave á la demandadera que llamase á la Abadesa.

La cual, no habiendo ninguna monja enferma, extrañó la visita del Doctor; pero bajó en seguida al torno, aunque temblando, porque siempre su presencia era preludio de muerte.....

No, no era esto por fortuna, lo que el Doctor Escobedo anunciaba, sino que la Comunidad tenía el honor de alojar en su hospedería al nuevo *Don Quijote de la Mancha*, y él venía en nombre de la Academia á saludarle.....

—¡Ca, no señor!—dijo sencillamente la Abadesa— Son los caballos los que están en la cuadra; baje y podrá verlos.

—¿Pero Ud. cree, señora—gritó enfurecido el Médico—que la Academia cuando dice una cosa no está en la fija?...

—¡Ay, no se ponga Ud. así!—gimió más que suplicó la monja.

—Yo no sé nada más que lo que me ha dicho la demandadera.

Que unos guardias que acompañaban á un fraile, habían metido dos caballos en la cuadra..... ¿Y cómo ese señor Don Quijote puede ir vestido de fraile?....

Desconcertado quedó ante esto Escobedo, y ya no sabía que hacer, ni decir; así que por disculpar su bochorno, cambiando de tono, murmuró:

—Sin embargo, en Toledo está, y voy corriendo á ver si le encuentro.

Era este seco Doctor uno de los más sabios de la Argamasilla, por mucho que le llamaban el Médico del agua: pero era porque había publicado un estudio de las aguas del Tajo.

«que hinchan la tripa
y aflojan el badajo»

según él, y las damas romanas la empleaban por eso en sus baños.....

Mohino, así que, llegó á la Academia por la tarde, que como domingo celebraba sesión, y allí se enteró por un militar erudito, de mal genio, á quien por eso habían puesto de apodo el *Coronel Rechina* los académicos, cómo á Don Quijote se le habían llevado los «Caballeros Guzmanes».

—¡Qué Guzmanes, ni qué cuerno!—decía afirmándose sobre sus tacones.

¿Pero hasta cuándo esos niños van á estar poniendo en ridículo á la Academia?...

¡Hay que acabar con esto de una vez para siem-

pre..... y aquí vendrá el nuevo Quijote, porque aquí es donde tiene sus compañeros.

En seguida..... á formar..... una comisión de etiqueta—ordenó.

—Aquí estoy yo—se adelantó el Médico.

—Bien—sonrió el militar.

Y otra que organice un banquete en la Posada de la Sangre (lugar muy en carácter—preguntó á su alrededor—¿no?)

—¡Perfectamente!—afirmó el Secretario, que en asuntos culinarios era un lince.

Ya estaba yo haciendo aquí la minuta que tengo el honor de proponer á la Academia.

—¡A ver, que se lea!....—se oyó una voz temblona.

«--Toledanos:—leyó el Secretario—la Academia de Ciencias, queriendo honrar como se merece al nuevo Don Quijote, que al fin ha llegado, le obsequiará con un *yantar*, no en la Posada de la Sangre, sino en el antiguo Mesón del Sevillano, que estaba en el Carmen, según descubrió nuestro fundador ilustre que en paz descanse.»

—¡Hombre! podía suprimirse eso—se atrevió á

decir el Presidente—porque ya estoy oyendo el ¡amén! después de leer el bando.

—Señores—abreviemos—concluyó el militar—y no nos metamos ahora en disquisiciones, porque la cosa urge; el caso es ganar por la mano á esos *Guzmanes*, á quienes ya se les habrá ocurrido lo del *yan-tar* y *hacer penitencia*, etc., etc.

Conque Uds. discutirán eso.

Vamos nosotros cuanto antes á la Catedral, que estará en las alhajas seguramente—dijo al médico.

Y ambos salieron en busca de Morris, desempeñando la calle.....

Mientras, los académicos se enredaron en una gran discusión sobre el sentido del *Quijote*.

Quien sostenía que Morris no le representaba verdaderamente, porque no venía sobre Rocinante, sino en magnífico potro jerezano, á juzgar por la prensa, lo mismo que su escudero.

—«Y, señores—advertía el preopinante—paréceme que en este caso, estaría más indicado el banquete en el Hotel Castilla que es para ingleses precisamente».

—«Pero entonces — corregía otro — saldrá muy caro el homenaje, y la Academia no tiene fondos.....

—«Eso es lo de menos — argüía el Secretario — porque, puede por suscripción entre los toledanos amantes de sus glorias pagarse..... y por eso yo daba el corte de anuncio de periódico á la minuta que he tenido el honor de leer á la Academia».

—«Al caso, al caso» — clamaba una voz anodina que era la que más cuerdamente hallaba, sin embargo.

«¿Qué representa el *Quijote*? ¿Cuál es la intención de Morris?....

Porque parece por los auspicios que de la exaltación del caballero de quien se burló Cervantes».

—¡Fuera, fual — ¡Que se calle!

—«¡Maldición, maldición!» — se oyó en la zalagarda. Pero la voz no callaba y proseguía razonando.

—«Entonces:

¿Qué significa su extraordinario éxito en el extranjero, justamente cuando España era calumniada por envidia, por que era grande?

¿Y qué el falso *Quijote* de Avellaneda?»

—«¡Eso, la envidia á Cervantes!—surgió otra voz de niño de coro, en seguida apagándose».

—«No sería su autor el P. Aliága en tal caso—insistió la voz que se imponía.

¿Porque qué envidia iba á tener el confesor del Rey á quien socialmente era un pobre hombre?».....

«Señores—resumió—fíjense mis ilustrados compañeros, en que va mucho de la primera á la segunda parte del *Quijote* del propio Cervantes.

¡Como que esta es la rectificación de la otra!.....

En una es el caballero convertido en Judas de la canalla, y en la otra es Alonso Quijano *el Bueno*».

Y al que así hablaba, que era un extremeño, escultor, no osó nadie replicarle.



CAPÍTULO IX

De la hospitalidad con que acogió la Condesa al nuevo Quijote.

Pero no hacía más que seis horas que por Santo Tomé llegaron á la casa solariega de la Condesa del Brule los caballeros, y recibíales el Capellán, ya acostumbrado á otros huéspedes de Paco, con los quevedos en la punta de la nariz, mirando por encima de ellos la altura del nuevo *Quijote*.

Y sin más etiqueta el juez anunció á su madre, entregada como siempre á sus lecturas piadosas en su gabinete, desde la puerta:

—¡Aquí tienes al nuevo *Don Quijote*!

—Pero, vamos..... pero vamos—repetía la Condesa—¡qué hijo este!—al ver tanta gente, tratando de incorporarse.

Morris que se hizo cargo al punto de su dificultad,

pues era muy crasa la señora, apenas dió tiempo á que Paco depositara el acostumbrado beso en la mejilla de su madre, porque cuando ésta quiso recordar ya tenía el del inglés en su mano, permaneciendo por consiguiente sentada.....

—Pero, ¡cuánto gusto!—balbució la Condesa sin quitar ojo del fraile que de momento le había impresionado.

—Don Alonso—dijo Morris presentándole—y..... Mi amigo Arturo—señalando al otro.....

—¿De modo—decía la Condesa—que vienen vuestras mercedes á resucitar los tiempos heróicos.

.....¡Falta hacía!.... porque, ¡qué prosaismo el de estos!..... ¡qué falta de ideales!....

Yo cuando era joven, todavía recuerdo que había caballeros.

—Hará muy poco tiempo—insinuó galantemente Arturo.

Y dejó escapar la Condesa un ¡Ay! de agradecimiento.

—¡Qué tiempos aquéllos de la Reina de Inglaterra!—proseguía.

¡Qué Hide Park aquél de Londres! (y se dirigía al inglés que movía la cabeza).

¡Qué Támesis!....

Yo pasaba allí los veranos; el invierno en Roma.

Pero ¡ay!....—volvió á suspirar—entonces vivía mi padre..... (y se humedecieron sus ojos con lágrimas).

—Mira, mamá, no nos pongas tristes ahora, porque estamos de fiesta—interrumpió Paco, á quien también llamaba la atención el fraile y miraba ahora su madre.

—Es que, ¿ha visto Ud. cosa más parecida—preguntó resuelta al Capellán—á mi pobre padre?.

—Efectivamente—contestó éste—y Paco salió de la habitación con un pretexto, porque también se le humedecieron los ojos.....

Con los suyos mortecinos, la cabeza inclinada á un lado, miraba Don Alonso á la Condesa, mientras hablaba..... y no dijo palabra.....

Sólo sonreía, los pómulos salientes, la barba gris y rala moviéndose como si rezara.....

—Vamos, señores, vamos—entró diciendo en medio

del silencio, Paco—que van vuestras mercedes á ver mis caballos.

Morris y Arturo se levantaron, y seguidos del Capellán, salieron con Paco.

La Condesa, en tanto, aprovechó su ausencia para enseñar el oratorio á Don Alonso, y, en acabando se volvieron á reunir todos en la sala de estrado.

Allí estaban los retratos al óleo familiares, las cornucopias, los tapices con las armas del jefe de la casa, los bargueños, en fin, que acreditaban una honesta hidalguía; pero una sencillez y ausencia tan total de rancios prejuicios..... que sin duda tenía á Don Alonso avergonzado, porque estaba materialmente hundido en un amplio sillón, la cabeza baja, y las manos medidas entre las mangas.

Después pasaron al comedor, donde ya se sentía el ruido de los platos, que el ir y venir afanoso de las criadas denunciaba ser más de los corrientes.....

La Condesa sentó á su derecha al fraile, del que no se separaba, y ocupó la otra cabecera de la mesa Morris, á su lado el capellán, y frente por frente, Arturo y Paco se sentaron.

—Aquí se bendice la mesa—dijo la Condesa alegremente en cuanto sacaron la sopa—y el Capellán alzó la mano, haciendo la señal de la cruz sobre ella.

Y sirvieron las criadas platos y más platos, por uno y otro lado, todos de sustancia y todos clásicos, y á todos hacía honor Morris, y todos sazónaba con su amena y pintoresca conversación, Paco, que era el que la sostenía con Arturo.

—En seguida que comamos iremos á mi cigarral, para que desde allí vean vuestras mercedes Toledo—advirtió aquél.

—Yo habré de ir á recoger nuestros caballos—dijo Arturo.

Y la Condesa.

—No señor, el cochero irá por ellos, ¿á qué viene esa molestia?

—No, no—replicó Arturo—he de ir yo, porque tengo que hacer algunos menesteres.....

—Bueno, pues entonces, Mister y yo, en el cigarral los veremos—dijo Paco.

En acabando la comida, tras de una interminable serie de *Pater noster* que rezó el Capellán por los

vivos y los muertos, cada grupo salió para donde había indicado, quedando con Don Alonso la Condesa.

A quien Morris, antes de marchar, halló modo de decir complaciente.

—Ahora he visto lo que fué España, viendo vuestra casa.

Pero, ¿quién tuvo la culpa de que esto desapareciera? ¡Qué cosa más grande!...

—¡Los demonios!—insinuó chitando la Condesa.

—¡Yo bien sé—expresó Don Alonso, luego que se quedaron solos él y la señora—quién tuvo la culpa de todo!

—¿Quién?—preguntó curiosa la Condesa.

—Luego lo sabrá—afirmó Don Alonso.

Ahora vaya á reposar un poco, que yo tengo de ir al convento de Santo Domingo el Real, á saludar á una mi deudo.....



CAPÍTULO X

Donde se cuenta la más estupenda aventura que pudo acabar Morris Burton.

Grande fué la simpatía que desde luego se estableció entre Paco y Morris; así que tanto por apartarle de su amigo Arturo, que le tenía como cautivo, cuanto por poder con más libertad hablarle, tomó en seguida la dirección hacia el cigarral que tenía por cima de San Jerónimo.

Arturo, por su parte, halló de perlas la ocasión de verse sólo, porque, según había manifestado, tenía él en la ciudad que hacer algunos menesteres..... aunque no precisamente el de los caballos.....

Iban, pues, aquellos como dos antiguos amigos, porque, en efecto, eran dos tipos cortados por el mismo patrón, y hasta de espiritualidad igual podía decirse, ya que también Paco descendía de anglosajones.

Y encantado de esto Morris, daba suelta á su carácter hasta entonces reservado, y reía y charlaba con la más franca alegría, no exenta de humorismo con todo.....

De esta suerte no tuvo inconveniente en contar á su nuevo amigo, lo que la tarde anterior le había impresionado la voz que oyera en Santo Domingo, y cómo había concebido casarse con la monja cantora.....

Rióse Paco de buena gana al oír tal salida, y como Morris muy serio le interrogara con la vista, el buen juez explicó que no era el caso imposible, siempre que la monja quisiera, que lo veía difícil.....

—Ah, no; por eso no—decía Morris.

Porque cosas más difíciles en ese Convento han sucedido ¡y protegidas por la Virgen!

Y entonces contó lo que Don Alonso le había relatado de su antigua pariente la de Mendoza:

—Pero eso es una leyenda—objetó Paco—de Zorrilla.....

Y rectificó—..... Digo del falso *Quijote*, donde trae el milagro Avellaneda.

—Mejor que mejor—repuso Morris—entonces en-

caja en mis aventuras el lance..... porque por algo soy el *nuevo Quijote*.....

—Admirable, Morris, admirable—exclamó Paco abrazándole.

Yo os ayudo—que por algo soy yo también Juez de Toledo.

Y en esto habían llegado al cigarral, donde Paco dió algunas instrucciones al guarda para cuando volvieran, y siguieron adelante camino del Valle.

Desde allí se veía mejor que desde ninguna parte la imperial Ciudad, y sólo desentonaba de su augusta Majestad, cierto edificio nuevo que se levantaba enfrente.

—¿Es un cuartel?—preguntó Morris en viéndole, con mal gesto.

—No, señor, que es el Seminario; la Universidad, como quien dice, de los clérigos—explicó Paco.

—Convencido, convencido—confirmó Morris.

En España los clérigos son militares.... por eso han perdido su influencia en el pueblo.....

Estupefacto, se quedó al oírle, Paco, y pidió más

explicación á Morris de su pensamiento, quien continuó impertubable.

—¿No véis que dependen del Estado, y éste en España está montado todavía á la alemana?

Paco con su brazo enlazó el de Morris con gran efusión entonces, y señalando al sitio de donde en el Tajo desatraca la barca repleta de familias, que acudían al Valle por ser domingo.

—¡Vamos!....—recalcó—que os voy á enseñar los magnos recuerdos de Cervantes.

Y cruzando el río en otra barca, pararon ante la casa que llaman del barquero.

—Esta es la casa—dijo—donde el inmortal manco escribió la primera parte de su *Quijote*..... por lo menos el Prólogo, según ha probado cierto clérigo revolver de Archivos.

Pero hay más, porque ahora veréis la propia caricatura de Cervantes de su época (también descubierta por dicho clérigo) lo que demuestra cómo acogieron su obra los letrados de aquel tiempo.

Y subiendo por la calle hasta la Plaza de las Verduras, allí en la esquina que forma la Catedral, vol-

vieron á parar para que Morris viese el verdadero retrato del soldado de Lepanto.

Don Román del Castillo—decía un Vitor exornado del perfil caprino del viejo Cervantes—*R. á Cervantes Castellano, 1608.....*

Morris se quedó perplejo mirando, y en esa actitud se hallaba, cuando vió Paco que venían hacia él de la Catedral muy de prisa dos académicos de la Argamasilla; el célebre médico del agua, y el Coronel *Rechina* lleno de cruces, con excepción de la laureada, el pecho.

Algo hablaron con Paco después de saludarle, y Morris seguía en tanto comprobando el jeroglífico del Vitor, aunque ya perfectamente lo había traducido.....

Y no se atrevía Paco á turbar la atención de Morris, por más que los académicos le importunaban á la presentación, en verdad de verdad, porque los veía lívidos al observar el interés de Morris.

Por fin, el militar que, como tal, era resolutivo, dió un paso hacia Morris, y á quemarropa dijo:

—¡No haga Ud. caso de eso, que no tiene importancia maldita!....

Mientras el Médico le seguía con muestras de gran zalamería y mayor baja:za:

—¿No es verdad que es Ud. el nuevo Quijote?

Morris les miró de arriba abajo, extrañado de la impertinencia, un rato; al cabo del cual preguntóles:

—¿Y quiénes son vuestras mercedes para que yo lo sepa?

—Los académicos de la de Ciencias de Toledo —contestaron los de la Argamasilla— que venimos á ofrecerle nuestros respetos.....

—Los cuales yo agradezco.....—expresó Morris, mirando á Paco que temblaba— pero por ahora tengo bastante con los de los Caballeros Guzmanes.

—¡Vah!.....—exclamó despectivo el militar— esa es otra como el retrato este de Cervantes.....

Y sin escuchar más, Morris, agarrando por debajo del sobaco con cada mano uno de los académicos, los levantó en alto como dos peleles y se le veía la intención de estrellarlos contra la tapia.

Paco le contuvo, pero no sino después de decir el inglés al posarlos en el suelo fuertemente.

—¡Vaya, por los bergantes!... ¡y ofender de ese modo á mi amigo el jefe de los «Guzmanes»!...

Quedaron, pues, como dos falderos arrimados al esquinazo los dos académicos sin atreverse á articular palabra, y sólo se oyó decir al militar, cuando Paco y Morris ya se marchaban:

—Daré parte al fuero de guerra.

Y á Paco.

—No haya cuidado, que es militar retirado, y es de mi fuero esto.....



CAPITULO XI

**Que da fin de esta breve historia
preliminar de otra.**

En vez de tomar hacia el cigarral, como tenía pensado Paco, guió á su casa á Morris, por lo sucedido, y se alegró del cambio de propósito luego, porque halló á la Condesa muy afligida de la tardanza en volver Don Alonso.

Había salido tras el Capellán y Arturo, que fueron en busca de los caballos á las Capuchinas, y él dijo que iba á despedirse de las Dominicadas....

Pero aún no había vuelto, y temía si algún otro contratiempo como el de la mañana le habría ocurrido.

—No se aflija, mi Señora Condesa—expresó Morris

al punto—porque ahora mismo vamos nosotros, y vivo ó muerto le traemos.

—Ahora mismo—insistió el Capellán—que era muy amigo de las Dominicas—y salieron todos camino del convento.

No era poca además la alegría que manifestaba Morris, porque halagaba con ese motivo ver á su Dulcinea.....

Y en llegando los cuatro al torno de Santo Domingo el Real, llamó con los nudillos el Capellán y al contestar la tornera, ordenó sin más preámbulos:

—¡Diga Ud. á la madre Priora, que hay aquí tres caballeros que quieren hablarla!

—¡Tenga la llave!—dijeron desde dentro.

Y tomándola Don Juan, que el Capellán así se nombraba, abrió el locutorio que llaman *Red del poyo*.

Una sensación de paz experimentó Morris al penetrar que le transformó por completo: andaba sobrecogido, en silencio, y no se atrevía á sentarse, hasta que le hicieron tomar por fuerza el sillón fraileró de junto á la reja.....

En el de enfrente se sentó Don Juan, y Arturo y Paco quedaron en medio.

Mientras las monjas venían, relataba Don Juan, advirtiendo la curiosidad de Morris.....

—Está igual que en el siglo XVI..... ¡y cuántas veces no se habrá sentado en ese sillón Cervantes!....

—¿Cómo?—preguntó con interés Morris.

—Pues muy sencillo—continuó el Capellán.

Porque, como administraba la casa del Andaque de su mujer, y estaba gravada con un censo á este Convento..... ¡cuántas veces no vendría á disculpar la falta de pago, puesto que siempre andaba á la cuarta!

Dijo, y entraba en ese momento, corriendo la cortina de la reja, la monja cetrina de gesto avinagrado, y una vieja setentona, con ademanes de niña, su vicaria.

Y tras los saludos y presentaciones del caso, el Capellán prosiguió.

—Vamos á ver; nosotros venimos por un fraile que con este caballero vieron Uds. en la reja del coro esta mañana..... y dicen que está en el Convento.....

—¡Jesús qué disparate—exclamó la Priora.

—¡Ave María Purísima!—secundó la Vicaria.....

Don Juan reía, y rieron todos, y sólo las dos monjas estaban confusas.....

—No, madres, no; no es eso—explicó Paco.

Es que está con estos señores hospedado en mi casa, y dijo que venía á despedirse de Udes..... pero no ha vuelto.

—Pues nosotras, no le hemos visto después.

Digo—rectificó la Priora.

¿Como no haya estado en el rosario?...

¡A ver, madre!—ordenó á la Vicaria—que vengan todas las monjas!....

Y poco después fueron entrando todas, vestidas de blanco, y sentándose, cuales en sillas, cuales en el suelo.

En medio del coro de voces femeniles que formaban, se destacaba una, como de falsete, de timbre finísimo, que hizo alargar el cuello á Morris.....

Contó, pues, de nuevo Don Juan el objeto de su visita á la Comunidad, y prorrumpió la voz que destacaba:

—¡Sí, padre; yo le he visto!

Cuando yo estaba cantando á la reja, entró esta tarde..... y luego, no sé por dónde, se marchó.....

Por cierto que me pareció que la lápida que está al lado, se meneaba..... (que me hizo el mirar equivocarme....) y que se me iba la cabeza.

—¡Diablol!—interrumpieron los caballeros, levantándose como por un resorte.....

Por lo cual se levantaron también las monjas..... y en el silencio que se produjo repentinamente habló Morris.

—Sí, dentro está.

No era un fraile como vuestras mercedes creen. Era un muerto; Don Alonso Quijada de Salazar— ¡Don Quijotel!—que duerme con su pariente Doña María de Mendoza.....

—¡Qué miedo!....—se oyó exclamar á las monjas.....
Y salieron todas corriendo.
.

Después, después; no puntualiza la historia: lo mejor es que cambiaron de Norte las aventuras de Morris Burton con esta.

Y hay fama de que todas las noches por el cobertizo, se ven rondar dos sombras á caballo el convento.

¡Son las sombras de *Don Quijote* y su escudero!

FIN

Ilustraciones.

Además de *El linaje de Don Quijote—documento inédito*—al que se sujeta el primer capítulo de esta novela, han publicado *El Sol* y *El Siglo Futuro*, los siguientes artículos que justifican el subsiguiente desarrollo de ella:

DE «EL SOL»

Una caricatura de Cervantes.

Pasa como acreditado entre los eruditos que fué muy parca la época de Cervantes en reproducirle gráficamente; pero es lo cierto, que desde que tuvimos la fortuna de hallar el auténtico retrato del Príncipe de los Ingenios en el retablo de Borox, nosotros le vamos encontrando en todas partes. Ya no es sólo en el Museo (pese á su barba gris, no rubia ni blanca, como era lógico á los cincuenta y tantos años de su edad, que escribió el *Quijote*), sino que en la propia

Catedral de Toledo está patente, con su mismo nombre, y en el sitio más visible de ella, á la edad de sesenta años que tenía en 1608.

Débese esto á los estudiantes, que tan bien acogieron el *Quijote* á su aparición, como muestra Cervantes en la persona del bachiller Sansón Carrasco y en el otro estudiante que le acompaña hasta Madrid cuando va á morir el genio. ¿Y qué puede importarle, si los letrados, los académicos, como si dijéramos, siguieron teniéndole en menos, cuando hoy, á los trescientos años corridos, sigue Cervantes, gracias á la generosa juventud de su tiempo, riéndose de ellos?

Vedle ahí con el idéntico perfil de Borox, el semblante que ostenta en el retrato del desconocido del Greco, núm. 810, y el labio superior hundido, del que sólo tiene «cuatro dientes, y mal colocados»; pero los ojos alegres ó «picarescos», tal como él se pinta á sí mismo en las «Novelas Ejemplares». Y para que nada falte, ¡he ahí su nombre, «Cervantes»!... Ahora no cabrá duda de que se trata del Príncipe de los Ingenios.

«Don Román del Castillo—dice el Vitor—dedica

á Cervantes Castellano», y es que el nuevo laureado relaciona, como un timbre de nobleza, la condición de «Castellano» del genio con su apellido «Castillo» (1).

Es el primer «Vítor» que se dedicó en esta Universidad, no obstante datar del tiempo de Carlos V, y ello es título de gloria para este Colegio de Santa Catalina, que hasta ese año de 1608, en plena apoteosis de Cervantes, no tuvo los mismos privilegios de las demás Universidades, como consta del acta del Ayuntamiento «del lunes 24 días de Marzo» de dicho año.

Pero queremos suponer que este apellido «Cervantes», con su epíteto de «Castellano», no se refiere al autor del *Quijote*; porque, en efecto, los nuevos licenciados y doctores dedicaban sus «Vítos» bien á un santo, bien á un amigo; de todos modos, resultará que Don Román relaciona al supuesto «Cervantes», para su elogio, con el glorioso manco que á la

(1) Y publicaba *El Sol* el facsímil del «Vítor», reproducido por Vera, que ha corrido por todos los periódicos de América.

Nótese de paso que por el «Castellano» era conocido en su cautiverio de Argel «Cervantes». Pero pensamos que el «Vítor» no es en su elogio, sino todo lo contrario.

sazón daba su segunda edición del *Quijote*, cuando ya era célebre, amén de Castilla, en Portugal y Cataluña. Mas entonces sobran los laureles con que se adorna el monograma «Castellano» y la greca que ostenta el fondo de la V del de «Cervantes».

No cabe, pues, duda de que al autor del *Quijote* se refiere el Don Román, que de hoy más tiene por su inspiración asegurada la gloria.

Y si á él se refiere, he ahí una magistral caricatura de «Cervantes»; porque, eso sí, de dos trazos está hecho el retrato, y por tanto, por un gran artista. ¿Sería el mismo Greco su amigo? No hay que hacer aspavientos, porque estos «Vítors» cada cual los ordenaba según sus medios de fortuna, y las letras de éste por un pintor están hechas desde luego y á diversas tintas.

No así las de algunos de los «Vítors» gemelos.

VENTURA F. LÓPEZ.

Toledo, Diciembre 1921.

La Casa de Cervantes en Toledo.

«Desocupado lector.....—dice Cervantes en el prólogo de la primera parte del *Quijote*—. Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla.....» Y tomando estas palabras en sentido directo, como se debe, creí siempre que este prólogo, por lo menos, no se había compuesto en una cárcel; y pues al capítulo IX añade Cervantes, para justificar la continuación de la historia de *Don Quijote*, que estando un día en la Alcana de Toledo, salteóla á un sedero, y se la tradujo un morisco aljamiado, á quien llevó á su «casa» («le truje á mi casa»), pensé que estas palabras tampoco estaban dichas á humo de pajas y me dediqué á buscarla.

Por fortuna, no tuve que buscar mucho, porque habiendo descubierto Foronda el poder con que Cervantes cobraba la parte de casa del Andaque de su mujer, Doña Catalina, la cual pagaba un censo á las monjas de Santo Domingo el Real, de Toledo, todo era registrar el archivo de éstas para dar con la casa de Cervantes. El cual consta, además, que estaba en Toledo en Julio de 1604, cuando empezó á conocerse el *Quijote*; por donde, encontrada la casa tal, podíamos decir que se había encontrado donde el Príncipe de los Ingenios escribió ese prólogo de la primera parte de su obra tan de espacio.....

Hela ahí en el grabado (I) y no podemos probar aquí su autenticidad, porque ya lo hemos hecho en *La Nación*, de Buenos Aires.

Pero sí podemos describirla, como lo hace el Becerro Mayor de las monjas, que llama á las casas de los Salazar de Esquivias, del «barco nuevo»; y si bien es verdad que hoy no queda sino una casa, es precisamente ésta, porque es la que continúa en el libro «In-

(1) También daba *El Sol* el de la casa en cuestión, con el retrato de espaldas del clérigo, su descubridor.

dice» de los censos en el siglo XVIII: las otras, dos por lo menos, son corrales en la actualidad, y eran las que antes se llamaban simplemente «del barco»: así se explica que tuvieran parte en ellas la mujer de Cervantes y su tío Don Francisco Guzmán, racionero de la Catedral, con su otra tía la monja de Santa Ursula Doña Isabel de Cárdenas..... Y por eso el Becerro Mayor la describe con una entrada alta y otra baja, porque, en efecto, siendo la calle del Barco, en el Andaque de gran declive, resultaba antes la manzana de casas con una «entrada alta» y otra «baja»; ésta, la señalada hoy con el número 35, y aquélla, la que da á los corrales.

Es éste, como se ve, un nuevo testimonio, y no flojo, de la convivencia de Cervantes con los toledanos, y no se hizo caso de él cuando en 1916 lo hallamos entretenidos todos con la Casa de Cervantes de Valladolid, que tiene bastante menos interés que ésta.

Veremos si somos ahora más afortunados.

Y para que no se crea que es esto solo, con lo ya dado, lo que resta descubrir de Cervantes, anunciamos hasta «media docena» de documentos cervanti-

nos, propios de Toledo, que guarda como oro en paño el ilustre Deán de esta Catedral, para su ingente obra sobre ella.....

Nada más que eso.

VENTURA F. LÓPEZ

Toledo, Diciembre 1921.

DE EL «SIGLO FUTURO»

MARGARITA LA TORNERA

(Milagro comprobado.)

Los que hayan leído la célebre leyenda de Zorrilla de este título, quizás ignoran que está tomada de un cuento del falso *Quijote* de Avellaneda («Los felices amantes») aunque el poeta la bebió sin duda de San Alfonso María de Ligorio en su adaptación á las «Glorias de María», adaptación que bien pudo hacerse en el siglo XVIII puesto que Avellaneda no dice el lugar en que ocurrió el suceso que el ermitaño en su obra cuenta.

Mas el hecho ocurrió en Toledo y quiero dedicar estas líneas al distinguido cervantista Don J. Marín del Campo para que compulse las cita ya que es hijo del antiguo reino de Toledo.

El milagro, pues, sucedió en el convento de dominicas de Santo Domingo el Real, de esta ciudad, y no

hay sino leer el falso *Quijote*, para que lo compruebe quien conozca cómo este convento está sobre la muralla, tiene salida del claustro por la antigua sacristía de la Iglesia, y un porche delante de ella, cosa que no sucede en ningún otro convento de monjas de la ciudad imperial.

Finalmente, la protagonista del suceso, la mal aconsejada monja Doña Luisa, confiesa en Lisboa venir de Toledo, y cuando vuelve arrepentida al convento donde era Priora, según Avellaneda, no tornera, es la Virgen del Rosario quien se encuentra que ha tomado su figura durante sus cuatro años de ausencia.....

Podían parecer éstas meras coincidencias, sin embargo, á no ser que nuestro descubrimiento no tuviese otras pruebas y las tiene en la tradición monacal de Toledo.

En efecto, vive y ¡viva mil años! la religiosa de Santa Ursula, que se educó con la última superviviente del extinguido convento de San Torcuato, quien nos ha contado que á su maestra oyó decir, siendo ella niña el año ochenta y tantos del siglo pasado, (cuando ya contaba la maestra ochenta y seis)

que el tal milagro de las **Glorias de María** había sucedido en Toledo..... Y pues la monja octogenaria de San Torcuato era toledana e hija de la santera de la Virgen del Valle, próxima al convento de Jerónimos de la Sisle; tenemos por este lado que la tradición del milagro se remontaba al último tercio del siglo XVIII en Toledo.....

Esto no es bastante, lo comprendemos, para demostrar la verdad de él; pero sí lo será, si encontramos una Priora noble de Santo Domingo el Real, cuyos particulares en vida y muerte, concuerden con la fecha del *Quijote* de Avellaneda, dado que este autor si no es el Padre Aliaga, es un dominico por lo menos, conecedor del Convento.....

Y aquí si que nos vemos en una verdadera dificultad para decir su nombre, que le tenemos, su enterramiento, por mandato suyo á los pies de todas las monjas..... y ¡hasta su calavera que hemos visto convulsos, admirados de su tamaño.....

Dice Avellaneda, que la Priora en cuestión, que era joven y hermosa, se llamaba Doña Luisa (y claro que no era este su nombre), y que tenía otra herma-

na monja en un Convento también de Toledo (1) y, ¡ay!, en él para que el verdadero nombre de Doña Luisa con el de su noble cuna no aparezca, están arrancadas las hojas correspondientes del libro de profesiones.

En fin, que lo que celaron los siglos con tanto recato, no obstante que por lo extraordinario del milagro, merecía exaltarse, no nos atrevemos en público á descubrirlo.... Pero baste lo dicho para demostrar que lo hemos comprobado con la fortuna que nos acompaña en nuestros estudios sobre lo pertinente á Cervantes.

Por lo demás, la Virgen del prodigio, celadora de la fama de la supuesta Doña Luisa en vida, es una Virgencita del Rosario, sentada de principios del

(1) Después ha rectificado que fuera éste el Convento de la hermana con su lápida sepulcral, hallada en el Convento de Dominicas de Madre de Dios, también de Toledo, que reza: «Aquí yace D.^a Catalina de Mendoza, monja profesa de la Orden de Predicadores en este Convento de ella; hija legítima de D. Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Saldaña, heredero del Duque del Infantado y Marqués del Zenete y de D.^a María de Fonseca y Mendoza, señora propietaria del dicho marquesado; murió de cuarenta y ocho años á 28 de Noviembre del año 1601». De suerte que la Mendoza del milagro era hija del autor del «Lazarillo de Tormes», por donde se explica su protección á Cervantes. Lo extraño es que con D.^a Catalina, según la propia lápida, esté enterrada otra monja de apellido *Abellanseda*, bien que en 1716.

siglo XVII (cual esas que en pequeñas hornacinas hay aquí y allá en la clausura de los conventos), la cual sólo sacan las monjas de Santo Domingo el Real á la Iglesia en este mes del Rosario.

Y yo no puedo mirarla ya, porque tiemblo, ¡convencido de la transformación de que fué objeto!

VENTURA F. LÓPEZ,
Presbítero.

Toledo, Octubre, 1922.

ÍNDICE

	<u>Página.</u>
En guisa de preámbulo.....	7
<i>Capítulo I.</i> —Donde «Don Quijote» despierta.....	9
<i>Capítulo II.</i> —Lo que contó Don Alonso, camino de Toledo.....	17
<i>Capítulo III.</i> —Donde el nuevo Quijote manifestó sus intenciones.....	25
<i>Capítulo IV.</i> —Que trata de lo que sucedió á Morris, con unos carboneros..	33
<i>Capítulo V.</i> —De cómo nuestros caballeros entraron en Toledo.....	41
<i>Capítulo VI.</i> —Donde Don Alonso cuenta la historia de la Priora Mendoza.....	47
<i>Capítulo VII.</i> —De lo que verá el que leyere con otras cosas tocantes á esta historia.....	55
<i>Capítulo VIII.</i> —Que trata de lo que en honor de Morris, preparaba la Argamasilla.....	61
<i>Capítulo IX.</i> —De la hospitalidad con que acogió la Condesa al nuevo Quijote.....	69
<i>Capítulo X.</i> —Donde se cuenta la más estupenda aventura que pudo acabar Morris Burton.....	75
<i>Capítulo XI.</i> —Que da fin de esta breve historia preliminar de otra	83
ILUSTRACIONES.	
Una caricatura de Cervantes.....	89
La casa de Cervantes en Toledo.....	93
Margarita la Tornera.....	97

Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo



EN PREPARACIÓN
EL NUEVO QUIJOTE

Aventuras de un inglés y un jerezano
por Extremadura.